

Visualización y exámenes de cinturón negro en el *budo* tradicional

La práctica comprometida de un arte marcial tradicional no es tarea fácil. Especialmente si practicamos *aikido*, donde se aglutina un gran número de facetas únicas, arraigadas en el *budo* tradicional.

El *aikido* no tiene ningún punto en común con el deporte, su práctica física solo es un mero vehículo que nos permite adentrarnos en su viaje espiritual, donde cada practicante avanza en su Vía con un ritmo e inquietudes diferentes. Sin embargo el fin de su práctica, deviene inmutable. La práctica del *aikido* no contiene el concepto de deporte, tampoco puede vincularse a la cultura del espectáculo, donde deben existir los espectadores que pueden observar, fotografiar, filmar, aplaudir, silbar y comentar frívolamente, como si de un partido de fútbol se tratase.

Históricamente en las escuelas de *budo* tradicionales, la presentación de un practicante para acceder al cinturón negro y sus categorías, es un momento especial y único dentro de la trayectoria de su aprendizaje. Particularmente en nuestra escuela, el aspirante después de un período de aprendizaje debe mostrar ante el Tribunal la asimilación conseguida en los principios *aiki*, pero al mismo tiempo deviene un acto de purificación del yo personal hacia un yo más interconectado con el entorno.

Este acto sencillo, pero íntimamente intenso marca el inicio de su futura trayectoria, dando lugar a que emerja desde su inconsciente un punto de inflexión de difícil retorno. Siendo un acto estricto de voluntad personal, como compromiso a seguir la Vía, no tiene cabida el espectáculo como triste representación del egocentrismo, como resultado de la natural tendencia humana a la autocomplacencia y exhibicionismo. Reconducir nuestro ego personal hasta disolverlo en una consciencia más universal no es tarea fácil. Nuestro entorno social potencia permanentemente la cultura del escaparate y todo lo que no es mediático y popular es perversamente criticado y negado.

Nosotros como practicantes y seguidores comprometidos en la Vía, no buscamos el reconocimiento a través de la publicidad gratuita. Nuestra fuerza está en el trabajo metódico, sincero y callado, lejos de excesos y autocomplacencias, que nos forje un centro estable como resultado del proceso de unificación de nuestra mente y cuerpo, persiguiendo como meta final la armonización de nuestra consciencia individual con la consciencia universal. Este crecimiento personal tiene en el *aikido* un punto nítido de partida, el examen a cinturón negro.

Muchos practicantes lo enfocan como la meta a conquistar, pero si están abiertos y sensibles a la recepción de los inputs, pronto descubren que lo que codiciaban como el fin a lograr, solo es el inicio de un largo camino a recorrer. Todo proceso de crecimiento interno en la práctica del *aikido* debe cristalizar en nuestro trabajo externo, donde intervienen los conceptos *aiki*: Respiración (*kokyu*), visualización (*ki no nagare*), unificación (*aiki*), adaptación armónica de los opuestos (*kimusubi*), como elementos internos pero sin olvidar que utilizamos, como herramienta de aprendizaje, nuestro cuerpo físico con el que desarrollamos triángulos, cuadrados y círculos, aplicados de forma tridimensional.

Toda esta amalgama de formas y conceptos constituyen nuestras herramientas de trabajo para ahondar en el sendero del *aiki*. La Vía del *Budo*. Todos estos conceptos pueden ser interpretados como una alucinación mística o pseudo-religiosa, un acto en el ejercicio perverso del intelecto, pero el practicante que ha unido su corazón a la Vía, son hechos y efectos reales y palpables a través de la unificación de su mente y cuerpo, exotéricamente mostradas por la calidad de su trabajo. Las emociones y sensaciones registradas por nuestro cuerpo en la práctica del *aikido* escapan de todo intento de explicación en el campo

del intelecto.

Nuestro *hara* como centro de integración psicosomático absorbe toda la información durante la práctica, plasmándola en cada una de las células de nuestro cuerpo. En un estado de claridad de nuestra mente y cuerpo (*sumi-kiri*), toda explicación del intelecto no tiene cabida. Solo existe la acción. Pero no es la práctica intelectual la que da fuerza a nuestra razón. Solo desde una posición sólida física y mental en nuestra práctica, podemos pretender ejercer la transmutación *aiki* en nuestro entorno. La meta como practicantes de *aikido* es obtener a través de la práctica perseverante del *aikido* el poder suficiente para actuar como elementos catalizadores en conseguir un *aiki* universal. La transmutación del yo personal en perfecta comunión con nuestro entorno es la meta que todo aikidoka debería perseguir. Unicamente desde una posición sólida nuestra actitud de armonización puede tener un valor universal ante los demás. Como practicantes de *budo* tradicional no importa en que nivel de aprendizaje que se encuentre cada uno, los principios *aiki* siempre permanecen inmutables ante nosotros, solo precisamos nuestra voluntad para entender y unificarnos con sus principios universales.

Jordi Amorós.

Director Técnico de Aiki Catalunya.